

CELADA DEL CAMINO

A 23 kilómetros de la capital, en la carretera de Valladolid, dominando el valle del Arlanzón y en terreno fértil está situada esta población que ofrece a su llegada desde Burgos una pintoresca silueta con su antigua iglesia y almenado cementerio a modo de muralla antigua. (Fot. n.º 1).

Su nombre indica antigüedad y recuerda algo fortificado, sea la iglesia como en realidad lo estuvo y está en parte, sea algún castillo o casa fuerte, por más que de esto no queda memoria.

Actualmente le atraviesa por medio la carretera, pero el camino que le dió sobrenombre iba, y puede verse aún por la parte baja del pueblo, bien conservado.

Primeramente pasó por allí la vía romana que de Clunia venía por Tordomar a Pampliega y se dirigía después por Tardajos a la Cantabria; después el camino real a Valladolid, del cual era etapa, como veremos.

Su iglesia es una construcción románico-ogival de estilo cisterciense, renovada y ampliada en el siglo XVI.

De la primera época quedan en pie el ábside, una espadaña de una tronera que se alza sobre el arco triunfal y la puerta principal, mas la parte baja de los muros y una capilla lateral.

De la última son la torre en su parte alta, el rosetón que da al mediodía, gótico, y las bóvedas, hechas en 1539, según dice una inscripción puesta enfrente de la puerta de entrada.

Poco sabemos de la historia de esta población, pero ello basta para ennoblecerla.

El documento más antiguo en que se cita es una escritura de 968, que traen Flórez y Berganza.

En el Cartulario de Arlanza por D. L. Serrano, Madrid, 1925, p. 133, consta una donación en que Pedro Ruiz ofrece al Monasterio de San Pedro su herencia en varios pueblos que menciona y sus arreos de caballero, 24 Nov. 1062.

Refiriéndose a Celada, dice: «in Celata mea divisa».

En 1221 el abad y convento de Arlanza venden a D. García Fer-

nández de Villamayor la herencia de Villaldemiro que había pertenecido a doña Mayor, y una posesión en Celada.

«Similiter damus et concedimus et vendimus illam nostram hereditatem quam habemus in Celada cum totis suis pertinentiis... usque in perpetuum».

En 1243, según documento del Archivo del Real Monasterio de las Huelgas de Burgos, publicado por don Amancio Rodríguez, Burgos, 1907, Tomo I, se llamaba «Cellada».

La escritura lleva la fecha de Diciembre y refiere un cambio de tierras en Celada y Hormazas entre doña Inés Laynez, abadesa del Real Monasterio y don García Barragán, de Cellada.

En la «Estimación de los Préstamos del Obispado de Burgos que hicieron por mandado del Bispo D. aparicio e del cabildo Maestre M. Dean y otros» se citan dos Celadas, una de ellas con el nombre de Suso, que creemos sea Celada de la Torre, y otra sin aditamento en el arcidienazgo de Burgos, que contribuía con 10 maravedís.

Este Obispo gobernó la sede de Burgos desde 1247 a 1257.

Los ayos del Rey don Alfonso el Sabio, uno de ellos llamado Garcí Fernández Sarmiento, le criaron en Celada, y su ama de leche se llamó Urraca Petri, de Villafierno (Villayermo), a la que el Rey hizo donación de hacienda en Celada.

Los Garcí Fernández Sarmiento fundaron el Monasterio de Villamayor de los Montes antes de 1228 para Benedictinas, dependientes del Real Monasterio de las Huelgas. (Véase estudio sobre Alfonso X por el Sr. Ballesteros, profesor de Historia de la Universidad Central en el «Boletín de la Real Academia de la Historia», 1919).

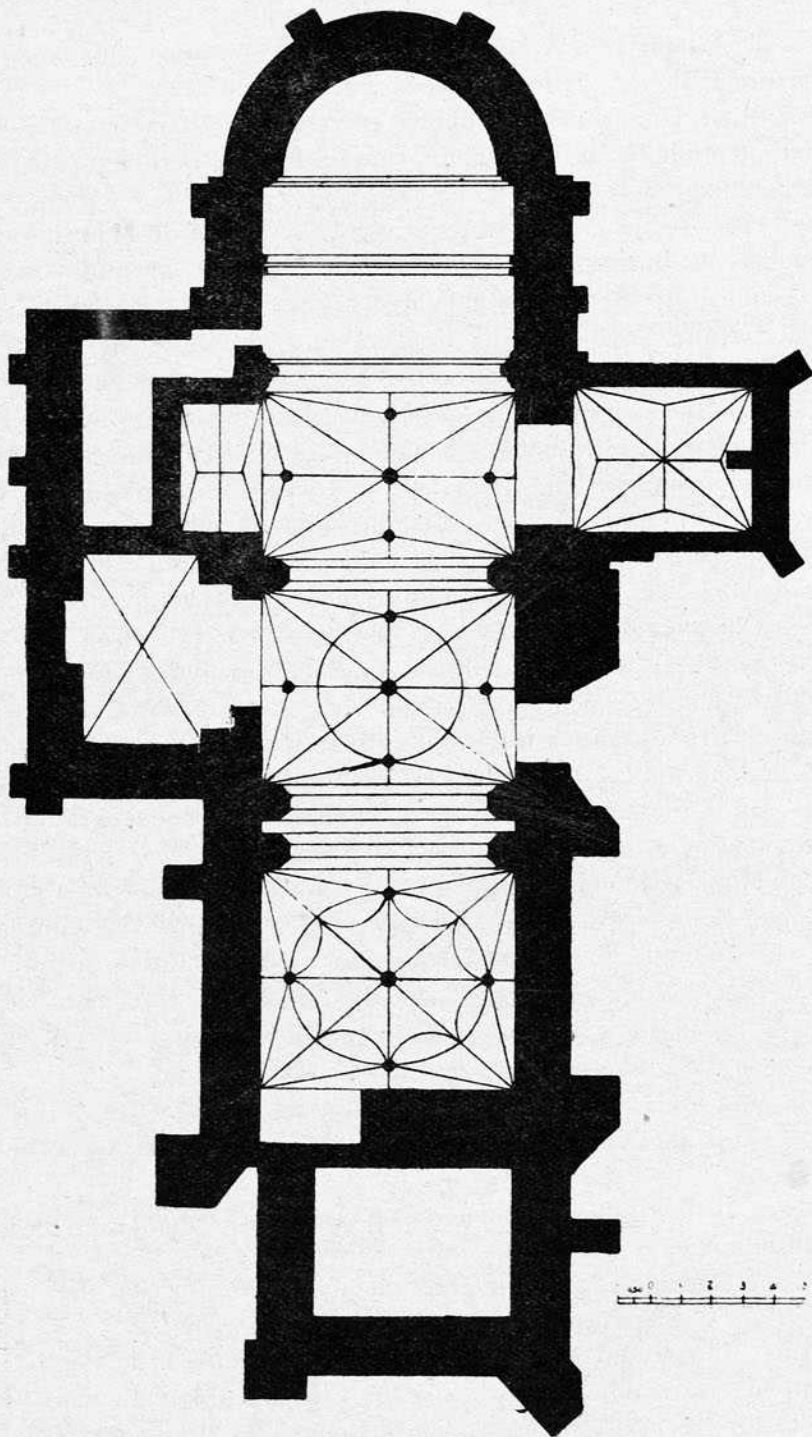
Eran Señores de Celada y uno de ellos está enterrado en su Capilla de la Iglesia. Es de creer que contribuirían a edificar ésta.

En el siglo XIV, según el «Becerro de las Behetrías» era Behetría y tenían por diviseros a don Nuño y a don Pedro y tres hijos de Rodrigo Pérez de Villalobos, a Alvar Daza, Juan Díaz de Rocafuy y otros.

Daban al Rey, de martiniega, cada año doscientos veinticuatro maravedís, monedas y servicios.

A Lope Rodríguez de Villalobos pagaban por infurción diez cuartos de trigo y tres cargas de cebada.

Carlos V concedió muchos derechos en Celada a la familia de los Castros, que tenían aquí su palacio, y a Don Juan de Santo Domingo, Señor de Frandovínez, cuyos descendientes se establecieron en Celada, como se advierte por el escudo de su casa y la historia de esta familia, que nos es muy conocida.



Fotog. núm. 2. Plano de la iglesia



Fotog. núm. 1. Vista de la Iglesia desde la carretera de Burgos a Valladolid



Fotog. núm. 3. Portada principal de la Iglesia

Felipe IV se hospedó allí en casa de D. Gonzalo Martínez de Velasco, según consta en una inscripción puesta sobre la puerta de entrada de la trasera del palacio de los Castro, y le otorgó el título de Marqués de Celada. Durante la guerra carlista, en 1831, sus calles fueron bañadas en sangre por los guardias de Corps. Aún puede verse a la salida del pueblo uno de los fortines edificados en aquel tiempo.

El trazado de la iglesia es de planta de cruz latina, y el aparejo de los muros, de sillería, en hiladas isódomas, está bien conservado en el ábside y muy deteriorado en el resto, sobre todo en el lado sureste. (Plano—Fot. n.º 2).

Como todos los edificios de su tiempo, el ábside es la parte mejor construída, y tiene la forma de tambor, muy amplio, reforzado por seis contrafuertes cuadrangulares, bien proporcionados, que le dan aspecto solemne.

Una sencilla imposta divide en dos partes la fábrica y sobre ella se abren tres amplios ventanales formados por arcos de medio punto y flanqueados por finísimas columnas cilíndricas con capiteles historiados, que protege un tejazoz de piedra, sostenido por canecillos, donde se ven en relieve adornos vegetales tomados de la flora de la región un grifo alado y cabezas humanas.

Otras impostas semejantes recorren el ábside en toda su extensión al interior y varios ventanales ojivos sencillos y un rosetón del mismo estilo iluminan el templo.

Las portadas fueron dos, una al norte, de arco ojival, sin adornos, hoy tapiada, y otra al mediódía, que se abre en un cuerpo saliente al modo románico-ogival con arco abocinado, provisto de seis arquivoltas formadas por baquetones que arrancan de cuatro columnas cilíndricas con capiteles exornados al gusto ojival, siendo sus motivos dos grandes cabezas de pómulos muy salientes, característica del período alfonsí, con la frente despejada y cabellos bien compuestos, muy frecuente en los edificios religiosos del partido de Castrojeriz, dos leones afrontados, mónstruos picando hojas y detalles vegetales. (Fot. n.º 3.º) Los primeros figuran un rey y una reina.

Este cuerpo va cubierto por losas en varias hiladas dispuestas para verter las aguas pluviales y sobre ellas hay una hornacina de forma rudimentaria, donde se cobija una estatua de San Miguel, de piedra muy blanca.

Junto a la portada hay un arcosolio ojival muy deteriorado, que debió servir para sepultura.

La torre fué muy fuerte, a juzgar por los cimientos y un gran

estribo que de ella resta, pero ha sido rehecha recientemente aminorando sus proporciones. Las troneras parecen del siglo XVII.

Sobre el arco triunfal hay una pequeña espadaña para un campanillo.

En el interior se acusan muy bien las dos épocas principales en que fué construída. El ábside está abovedado en la forma corriente de horno. A partir del arco de separación se ensancha la nave, formando dos tramos separados por columnas cilíndricas, hoy cortadas, que arrancaban del pavimento, adornadas con capiteles de brotes y cabezas humanas, y cubiertos por bóveda de cañón ojival.

El arco triunfal se refuerza con dos dobleros. Después del mismo vuelve a ensancharse la nave. Su primer tramo cerrado por bóveda de crucería doble con terceletes se comunica con dos capillas, una a cada lado, más bajas que la central y arranca de ménsulas, dos de ellas representando ángeles con escudo y vigüela.

La de la derecha tiene 5,45 de larga por 5,20 ms. de ancha; está dedicada al Stmo. Cristo, cuya imagen, escultura tosca del siglo XIV-XV, se venera en un retablo formado por dos columnas salomónicas que sostienen un entablamento de sabor clásico. Su bóveda es muy semejante a la anterior, aunque menos complicada.

La capilla opuesta es muy reducida y sus dimensiones son 2,57 por 5,50 ms. Se cubre con bóveda de crucería y dos terceletes a los extremos de los nervios mayores. En ella se venera una Virgen del Rosario, estatua policromada del siglo XVII, y otra sedente con el Niño (siglo XIII) (Fot. n.º 4).

A continuación se abre la capilla de la Virgen de la Parra, que mide 6,15 por 5,60 ms. con bóveda de crucería simple, cuyos nervios arrancan de pechinas sencillas chaflanadas. En ella se dá culto á la Virgen de la Parra, escultura en piedra policromada del siglo XIV, muy hermosa y de buenas dimensiones. Está sentada en actitud de las Vírgenes tolosanas, o sea en posición angular, ladeada hacia la izquierda y la estrechez de su cuerpo cerca de los hombros, recuerda las estatuas del siglo XIII; muestra una paloma en su mano derecha al Niño Jesús que está de pié sobre la rodilla de su madre, mirándola con ojos tiernos y para prevenir la huída del animalito sujeta suavemente con su mano el ala derecha. El Niño viste túnica de pliegues paralelos y verticales y la Madre se adorna con amplio manto de pliegues semejantes bien compuestos, que se sujeta a la cabeza por bella corona. Rizados cabellos encuadran su hermoso rostro, su frente es ancha, serena, y las cejas muy oblicuas, la nariz fina, los ojos grandes y salientes, el mentón agudo y bien moldeado y ajusta la



Fotog. núm. 4. Estatua sedente de la Virgen



Fotog. núm. 5. Estatua de la Virgen de la Parra

túnica a la cintura con sencillo cinturón, mientras un precioso collar con encajes de formas geométricas rompe la monotonía de su liso pecho. Calza según el uso de la época y el Niño está descalzo.

Los colores verde, amarillo y rojo, salpicados con toques dorados dan un aspecto agradable a la imagen.

La ménsula en que se apoya, va adornada con racimos y hojas de vid de formas y líneas abultadas, como corresponde a la época en que se hizo la escultura y recuerdan las que enriquecen las portadas de las capillas del claustro de la Catedral de Burgos. (Fotografía número 5).

El retablo, adosado, es de madera, de fines del siglo XVII y tiene alto-relieveves de San Martín de Tours y San Antón, que acompañan la artística imagen de San Bernabé. Entre los grupos hay uno original, donde la Virgen entrega el Niño a Santa Ana. Le rematan las estatuas de San Nicolás y Sta. Teresa, junto con la de San Sebastián.

En un arcosolio ojival está adosado un panteón de caballero y señora con sus estatuas yacentes y dos canes a los pies, disputándose un hueso. Todo él es de piedra y se conoce que en un principio estuvo exento en medio de la capilla y después se arrimó al arco; por esta razón no se ven más que tres de sus cuatro frentes labrados en el plinto o arca sepulcral. Es rectangular y descansa sobre cinco mecenudos leoncetes. (Fot. n. 6).

Las estatuas son de la buena época de la escultura regional funeraria y se cree fueron labradas y policromadas por el célebre Antón Pérez, de Carrión, que trabajó en Villasirga, San Zoil de Carrión y San Pedro de Arlanza. El caballero apoya su gran cabeza sobre dos sencillos almohadones con borlas y su rostro indica un hombre austero y bondadoso. Los cabellos en largas guedejas ondulantes se confunden graciosamente con la barba, ralos mostachos y los pliegues de su manto. Con su mano izquierda fuerte sujeta unos toscos guantes y con la otra, un tanto elevada, levanta la correa, que sujeta su manto por los hombros: la pierna derecha levantada sobre la otra, da origen a un estudio de pliegues paralelos y simétricos de gusto arcaico, muy interesantes y graciosos. Va calzado de espuelas al estilo del siglo XIV y apoya los pies sobre los lomos de un can.

Su esposa deja ver tan sólo el óvalo de su rostro: el resto del cuerpo está cubierto por amplio y sencillo manto, que recoge suavemente con sus manos formando vistosos y movidos pliegues.

Dos perritos que se disputan un hueso ocupan el espacio entre ambas estatuas. Esta repetición del asunto, no vista en otras tumbas

de la época, hace pensar si el escultor quería perpetuar algún episodio de la vida de los cónyuges, para nosotros desconocido.

La moldura superior biselada del arca ostenta cinco escudos blasonados con cinco castillos cada uno, que alternan con una inscripción gótica en caracteres monacales mayúsculos, donde se lee: «Aquí yace Don Juan González de Celada, que Dios perdone, hijo de Martín Ruiz, adelantado de Castilla por el Rey y su muger Doña Mayor que hicieron esta capilla y un hospital a la puerta de esta iglesia (1) a honra de Dios y de San Miguel y de San Juan Mártir. Finó Doña Mayor el 2 de Febrero, Santa María de la Candelaria, en la era M.CCCLXXX» (A. D. 1342).

El plinto está dividido en siete arcaturas, cinco en el frente y dos en los costados, de forma ojival trilobada y sabor arcáico, sostenidas por finas columnitas y recorridas de cardinas que terminan en grumo.

Sobre ellas hay una decoración de castilletes y almenados. Protegen las siguientes escenas en bajo-relieve: 1.^a la Anunciación de Nuestra Señora, presentada de modo original, pues oye de pie la salutación del Angel que guarda la misma postura; 2.^a el Nacimiento de Jesucristo, figurado también de manera nueva, porque se recuerda el establo de la cueva de Belén con las figuras del buey y mula sobre un pesebre que descansa en una columna que arranca detrás de la Virgen en su lecho y sube hasta lo más alto del relieve; 3.^a, la Aparición del ángel a los pastores, a quienes indica con el dedo el lugar del Nacimiento del Hijo de Dios; 4.^a la Huida a Egipto, y 5.^a la Presentación del Niño en el templo y su Circuncisión.

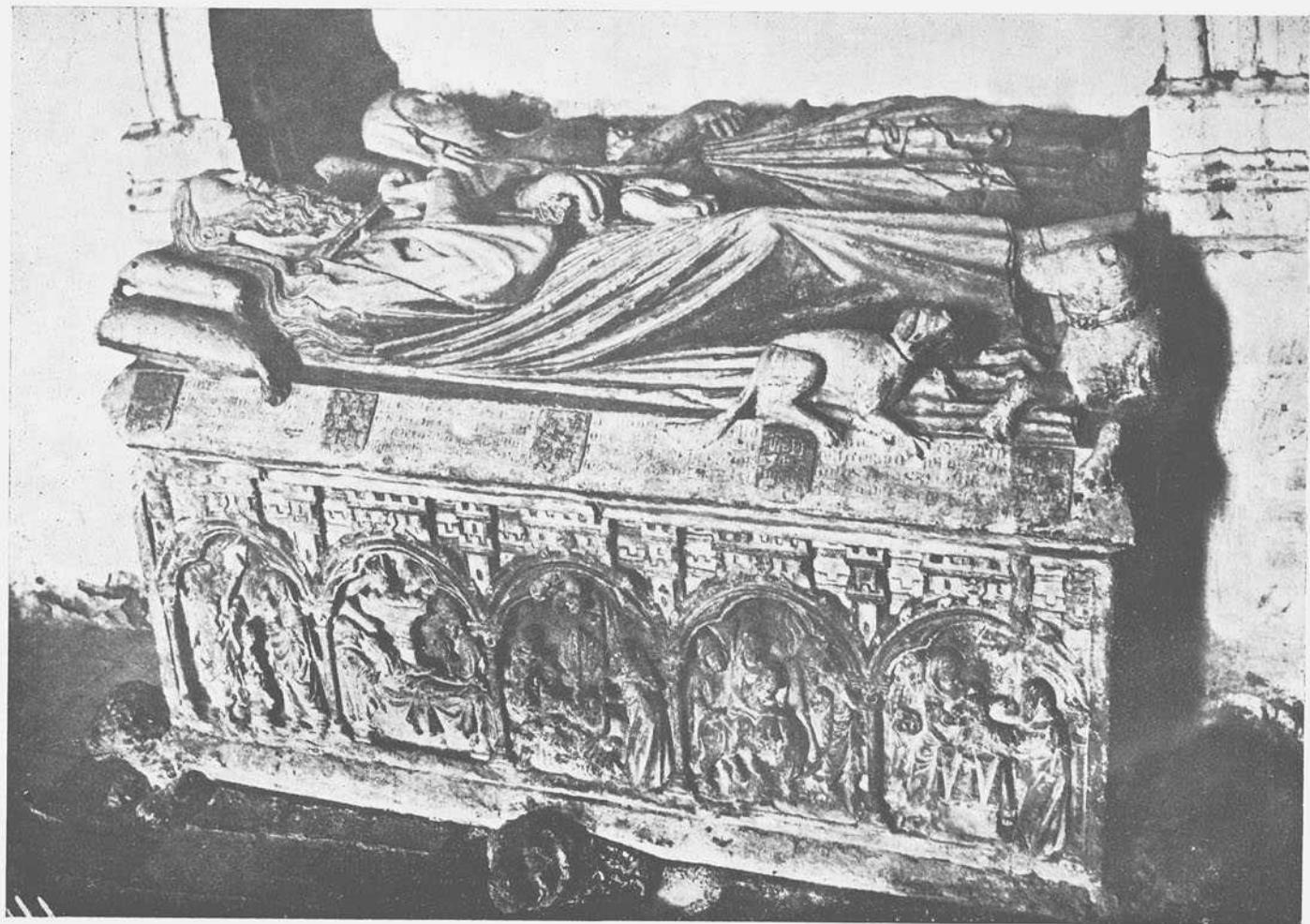
En los lados menores se figuran la Crucifixión y la Adoración de los Santos Reyes en número de dos. El Crucificado adopta la figura violenta de la época y en la Adoración falta la unidad de acción.

En lo alto del muro se ve aislado el blasón del caballero con cinco castillos, semejante al de la capilla inmediata.

Según se dice en nota del «Cartulario de Arlanza», citado, el apellido Ruiz era conocido en Celada el año 1065. No corresponden al apellido Celada que lleva otras armas, por lo cual creemos que son del apellido Torres, adoptadas por la villa de Baltanás, que ostenta por escudo cinco torres de oro en campo de gules.

Volviendo a la iglesia, diremos que el tramo siguiente tiene 4,70 por 8,37 ms. de ancho. Su bóveda, semejante a la anterior, lleva en el centro un aro de terceletes en torno de la clave.

1. Este hospital se encontraba formando calle con la torre del templo. Sólo quedan las ruinas del mismo.



Fotog. núm. 6. Panteón de D. Juan González de Celada y D.ª Mayor

El último, abovedado como el anterior, mas una estrella en el centro, es emplazamiento del coro sostenido por elegante bóveda rebajada, que se apoya en ménsulas y luce clave gótica, afecta la misma forma que la de la capilla del Stmo. Cristo. Su antepecho calado es también gótico.

El retablo mayor data del siglo XVII-XVIII, en estilo greco-romano y está dividido en tres zonas con tres compartimientos cada una. Es notable la grandiosa imagen de San Miguel hollando al dragón que ocupa el centro. Sobre ella campea el hermoso grupo de la Asunción de Nuestra Señora. Escenas de la Vida y Pasión de Nuestro Señor llenan la zona inferior, alternando con imágenes de apóstoles, doctores de la Iglesia, etc.

Los demás retablos son insignificantes (de los siglos XVII y XVIII). Merece citarse uno del siglo VII pequeño con un lienzo pintado de la Virgen con el Niño y muchos dorados, de gusto oriental.

En el templo hay detalles bonitos en ménsulas y capiteles y alguna variedad de estilos, lo que prueba se hizo en varias épocas, aunque las principales son dos, como dijimos. El púlpito es de tracerías góticas en piedra.

Inmediata al ábside al norte hay una estancia abovedada con cañón ojival, que fué probablemente la sacristia primitiva.

La inscripción aludida que nos da cuenta de la ampliación de la iglesia dice: En el año de mil y quinientos treinta y nueve se abovedó esta iglesia y se lució en 1769. DRRVN (?) Ordóñez, siendo cura mayor Sr. D. Juan Benito.

La pila de agua bendita es en forma de vaso, sencilla, con una cruz patada que demuestra su época (s. XIII).

La Marquesa de Barriolucio posee una sepultura blasonada con las armas de los Castros.

Las marcas de canteros que se ven en los sillares del ábside son flechas de varias formas, ángulos entrelazados, hachas, paralelógramos incompletos, aspás, etc.

LUCIANO HUIDOBRO SERNA.

(Continuará).